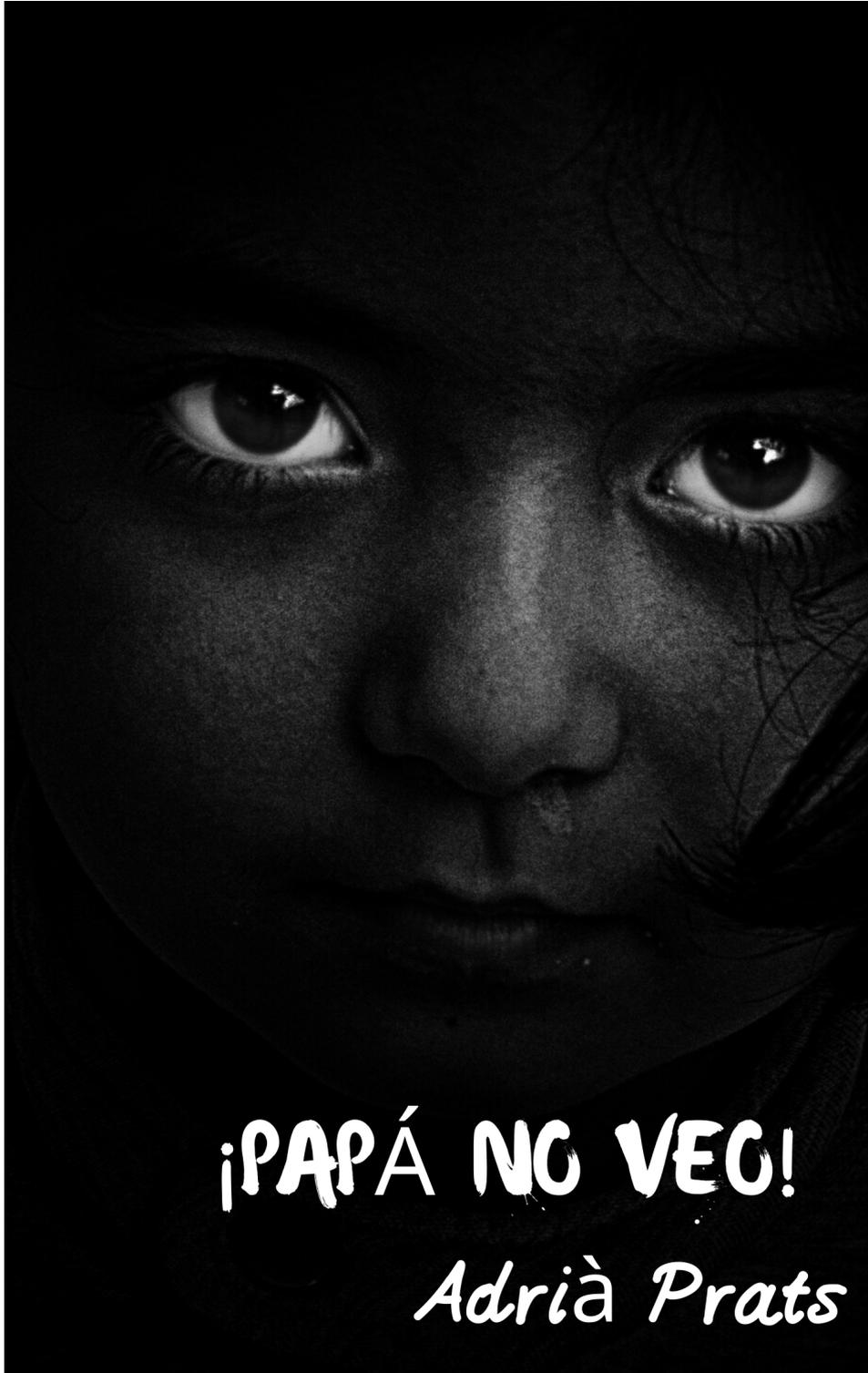


¡Papá! ¡No veo! (1)

Adrià Prats



¡PAPÁ NO VEO!

Adrià Prats

Capítulo 1



La grandeza de una persona no se mide por dinero, estudio o belleza, sino por la lealtad

de su corazón y la humildad de su alma”

El frío se había adueñado de la ciudad y el bosque. Todo el mundo dormía, menos la familia Olson.

Era la una de la mañana y toda la familia seguía con sus cosas.

Ben y Luke jugaban al ajedrez arropados por la hoguera, que había encendido su padre, poco antes de que se sumergiera en las repeticiones de sus partidos favoritos de los Celtics, junto a un bol de pipas. La madre de Ben en cambio no hacía nada, se limitaba a observar a sus hijos pasarlo bien y con eso le bastaba para disfrutar de esa agradable noche de invierno.

Ben y Luke jugaron durante horas. Estaban tan metidos en cada una de las partidas que si su casa estuviese ardiendo habrían acabado la partida entre llamas y ceniza.

— Ben si gano esta partida te puedo contar una de mis historias, y si ganas tú te daré mi paga de esta semana. —dijo Luke.

— Vale pero como hagas trampas le explicaré a mama que me cuentas historias de miedo —advirtió Ben a su hermano

— No haré trampas, seré un tío legal.

— Bueno vale, total voy a ganar —dijo Ben seguro de sí mismo.

— Bueno ya veremos.

Estuvieron jugando durante más de una hora.

Aunque Ben era cinco años más pequeño que su hermano, tenía un don para el ajedrez y lo estaba machacando. Luke no quería perder su paga, y mucho menos quedarse con las ganas de contarle una historia de terror a Ben. Le encantaba ver como su hermano se cagaba de miedo al escuchar sus historietas.

La partida estaba a punto de acabar, Ben estaba a punto de hacer jaque mate cuando Luke hizo trampas. Aprovecho que llevaba dos años aprendiendo hacer trucos de magia s y poco a poco sin que Ben se diera cuenta fue incorporando piezas que tenía en los bolsillos al tablero. Ben estaba completamente desubicado, en su interior ya estaba pensando en la victoria cuando su hermano saltó de la silla y gritó

— Jaque mate pringado

— E...e...e...es imposible —respondió Ben repasando cada jugada, intentado entender cómo su hermano lo había podido remontar.

— Cosas que pasan Ben. No siempre vas a ganar así que acostúmbrate.

— ¡Has hecho trampas! ¡Eres un tramposo! —gritó Ben sin acordarse de que eran las dos de la mañana y sus padres estaban durmiendo.

— Deja de lloriquear

— ¡No vale has hecho trampas! —volvió a gritar Ben aún más alterado

— Tu mismo, si no aceptas tu derrota no volver a jugar nunca más contigo —sentenció Luke.

Ben amaba jugar al ajedrez con su hermano. No tenía a nadie más con quien jugar y no se imaginaba pasando lo que restaba de invierno sin tocar ese hermoso juego.

— Vale está bien tú ganas... —dijo finalmente Ben.

En la habitación, Luke bajó las persianas y apago las luces. Estaba preparándose para empezar con su historia, pero cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra y vio la expresión de su hermano no pudo empezar. Ben estaba aterrorizado, pero no como las otras veces. Luke aún no había empezado con su historia y Ben temblaba y hacía todo lo posible para no romper a llorar. Luke subió la persiana para que entrara la luz de la luna y Ben se sintiera más seguro. Vio que su hermano dejaba de

temblar y empezó con la historia.

Diez años atrás, en una noche glacial de luna llena, padre e hija fueron al bosque del Monte negro en busca de leña para su chimenea. La niña estaba fascinada, ante la fina capa de nieve que cubría el bosque. Nunca antes había visto nada igual. Su padre deleitado por la felicidad de su hija le propuso ir a dar un largo paseo. Estuvieron hasta la medianoche recorriendo el bosque maravillados por la vegetación y la fauna. El padre se conocía el bosque como la palma de su mano, era su hábitat natural. Allí había pasado todas las tardes de su infancia. Jugando con sus amigos imaginarios, más tarde con su grupo de amigos reales y en la adolescencia con las chicas que enamoraba.

Cuando el padre vio que eran las doce de la noche, la niña notó que la expresión en su cara cambiaba. Parecía más preocupado que nunca

— Alice nos vamos —dijo alterado

Cogió la mano de su hija tan fuerte, que ella soltó un gemido de dolor, su padre estaba tan nervioso que no se dio cuenta. El padre poco a poco aceleraba el paso, parecía que escaparan de alguien. A los pocos minutos su padre se la puso a caballito y arrancó a correr. Su respiración se había agitado tanto que le costaba respirar, Alice sin darse cuenta se había contagiado del miedo de su padre y había cerrado los ojos tan fuerte como podía esperando que todo se acabase.

—¿Qué pasa papi? —preguntó Alice mientras las lágrimas le recorrían las mejillas.

Su padre no respondió. No podía.

—Alice, mírame a los ojos —dijo el padre cogiendo las pequeñas manos de su hija—. No te separes de mí en ningún momento.

Aunque estaba atormentado por el hecho de haberse perdido en el bosque en que tantas horas había pasado junto a la gente que más quería en su interior sabía perfectamente que las criaturas habían llegado y todo era culpa suya.

Alice y su padre siguieron buscando una salida de ese bosque. La luna había dejado de iluminarlos y apenas veían por donde andaban. Alice se quedó dormida con la cabeza apoyada en la espalda de su padre. "Como mínimo no verá a las criaturas" pensó su padre. Siguió buscando la salida, hasta que el frío y el cansancio ganaron la batalla a las esperanzas. Se sentaron en un árbol y el padre rezo para que pronto amaneciera. Se quedó contemplando a Alice, disfrutando su belleza por si esa fuera a ser la última vez que veía su encanto. Poco a poco el padre fue cerrando los

ojos hasta que cayó dormido.

Soñó con Alice, pero no era uno de esos sueños felices, era una pesadilla. Las criaturas habían llegado y se habían llevado a su hija.

Se levantó con sudores fríos recorriéndole la espalda y con el corazón al borde del infarto. Miro al cielo, el sol aún no había echado a la luna de su sitio. Notó que en su regazo faltaba algo.

La cabecita de Alice.

¿Su pesadilla se había hecho realidad? ¿Las criaturas se habían llevado a Alice? No podía imaginarlo, lo aterraba. Aún se acordaba cuando las criaturas se llevaron a su mujer, no podía permitirse otra pérdida.

"Papá estoy aquí" Dijo una voz a lo lejos.

Por un momento rechazó la idea de ir a buscar a su hija. Los recuerdos del pasado lo martirizaban. Pero su corazón no le permitía dudar. Se levantó de un salto y fue en busca de su hija.

Las criaturas podían estar en cualquier lugar, no se acordaba de su aspecto pero sabía perfectamente que esas cosas no eran humanas

"Papa"

Su corazón se disparó y las esperanzas llegaron de nuevo.

"Papá por favor"

No soportaba escuchar a su hija pidiendo ayuda, se le rompía el alma cada vez que lo llamaba.

"Papa rápido no quiero irme con ellas"

No podría seguir aguantando las súplicas de su hija.

La idea de encontrar a su mujer de nuevo le dio fuerzas de donde no las había.

Al fin vio algo a lo lejos, siguió corriendo hasta que vio que era Alice. Jugaba con la nieve.

—¡Alice ya estoy aquí! —gritó el padre

Alice siguió haciendo bolas de nieve, dándole la espalda a su padre.

Su padre finalmente la alcanzó, la abrazó y noto que su olor a jazmín había desaparecido. Miró a su alrededor y no vio a las criaturas, el corazón le volvió a latir de forma uniforme y por un momento, mientras abrazaba a su hija se olvidó de donde estaba y de la existencia de las criaturas.

Alice empezó a sollozar y su padre la abrazó aún más fuerte. Su padre creía que con el amor se curaba todo, pero eso solo ocurrió en los libros de fantasía.

—¿Estás bien pequeña —le pregunto su padre pasándole la mano por las mejillas intentando limpiarle las lágrimas.

Pero Alice no tenía lágrimas.

Giro el cuerpo de su hija ciento ochenta grados para ver su rostro y se encontró con que esa no era su hija, era imposible.

No tenía ojos.

El padre ahogó un grito, le cogió la cara con sus dos manos y observó cómo el rostro de Alice se había transformado en una atrocidad.

— ¡Papa abrázame! ¡Papa abrázame! —le pedía su hija a gritos

Pero él no podía le daba asco.

—¿Por qué no me abrazas papi?!

Alice estaba empezando a coger una expresión diabólica que su padre no había visto hasta ese momento. De repente se abalanzó sobre su padre y le intentó morder la yugular. El padre presa del pánico le soltó un puñetazo en la cara que hizo que su hija cayera inconsciente y desapareciera entre la nieve

El padre pensó que la había matado, pero a lo lejos volvió a escuchar a su hija pidiendo ayuda.

—¿Papi donde estas?

Corrió en dirección a su verdadera hija. Se acordó de cómo las criaturas podían llegar a manipular a las personas.

Las súplicas de su hija lo llevaron hasta una cueva.

Corrió hacia dentro y después de tantos años volvió a ver a las criaturas. Esos seres altos como los pinos del Monte negro, delgados y con la espalda curvada hacia delante. Con esos dientes afilado manchados de

sangre y resina de los árboles. Pero sin duda lo más horroroso y lo que hizo que se le erizara la piel fue que no tenían ojos. Y aunque no lo estaban mirando fijamente sabía que habían notado su presencia.

Había unas diez criaturas. Rodeaban a Alice, que parecía una pequeña hormiga a su lado.

—¡Papá ayuda!—gritaba su hija

Su padre sabía que no podía hacer nada contra esos monstruos pero de todas formas se enfrentó a ellas para recuperar a su hija.

Una de las criaturas se interpuso en su camino y cogió al padre con sus enormes manos. Empezó a gritar de dolor y la criatura le arrancó la lengua de un mordisco para que callase para siempre. El padre lloraba y gemía mientras observaba como su hija se moría de miedo. No quería que su hija recordase a su padre de esa manera, pero no le quedaba otra. La criatura llevó al padre junto a su hija para que pudiera contemplarla por última vez. El padre se dejó el alma en escapar de esas enormes manos llenas de pus, pero sus esfuerzos eran inútiles

—Te quiero papá

Su padre quería decirle que él también la quería, pero no podía.

Los dos siguieron llorando. Y entonces Alice empezó a gritar de dolor. Unos gritos que su padre no podía soportar.

Una de las criaturas le estaba arrancando los ojos a su hija.

—¡Papa! ¡No veo!— Gritaba Alice aterrorizada.

Su padre era incapaz de mirar.

Cerró los ojos y cuando los abrió las criaturas ya no estaban. Alice tampoco.

La había perdido para siempre.

Cuando Luke acabo de contar la historia, Ben estaba temblando y se había meado encima. Luke estaba tan metido en contar la historia que hasta que no acabo no se dio cuenta de que su hermano lo había pasado verdaderamente mal. Pero aún no había acabado, tenía el detalle final que haría que Ben no volviera dormir nunca más.

—Y eso no es todo—dijo Luke con una sonrisa malévola

— ¿Pe...pe...ro si ese era el final no?

—Si pero falta un detalle —contestó Luke sin percatarse del miedo en el rostro de Ben—. Cuenta la leyenda que las criaturas un día de invierno salen de su madriguera en busca de algún niño, para arrancarle los ojos.

— ¡Eso es mentira! ¡Te lo has inventado!—Recriminó Ben a su hermano.

— Entonces...¿Cómo explicas la desaparición de Bob? ¿Y la de Esther?. Los dos desaparecieron el invierno pasado y nadie los ha vuelto a ver desde entonces.

Luke no mentía, pero tampoco decía la verdad. Sabía que había conseguido convencer a Ben y asustarlo aún más.

— Bueno si no te lo quieres creer allá tú. Yo me voy a dormir—sentenció Luke

Toda la familia estaba durmiendo. Menos Ben que seguía con los ojos abiertos como platos. Un sudor frío le recorría la espalda, llevaba temblando más de dos horas. Miró el reloj de su mesita de noche, eran las dos y media.

Escuchó algo golpear la ventana de su habitación y ahogó un grito. No estaba dispuesto a despertar a su familia, por culpa de sus miedos. Se quedó mirando el techo, repasando en su cabeza la historia que Luke le había contado. Cuando se imaginaba a las brujas sin ojos los sudores y temblores se intensificaban.

Al final la lucha entre el sueño y la vigilia la ganó el cansancio y empezó a cerrar los ojos sin darse cuenta. Estaba a punto de entrar en el mundo de los sueños cuando su perro soltó un gemido. Roger nunca ladraba, rascaba o hacía cualquier tipo de ruido por la noche y por eso mismo Ben se asustó. Miro por la ventana, era una noche estrellada de luna llena. Por su cabeza pasó la idea de que los hombres lobo estaban saliendo a la calle. Era una de las historias que Luke le había contado. Sin embargo, ya no le daba miedo. Las brujas sin ojos ocupaban todo su temor.

Roger soltó otro gemido.

El amor por su perro era mayor que el miedo por las brujas. Al fin y al cabo solo era una historia que le había contado su hermano.

“Seguro que se la ha inventado”. Intentó convencerse Ben a sí mismo.

Como todas las otras. Desde que Luke le contaba historias no había visto

nada de lo que él contaba.

Dejó de temblar, se cambió el pijama empapado y bajó a ver cómo estaba Roger.

La cocina estaba completamente a oscuras y la puerta estaba cerrada. Ben abrió la luz y entró. Roger ya no gemía. Fue a su cama para ver cómo estaba, y al verlo se le cortó la respiración.

Roger no tenía ojos.

No quería gritar, si gritaba las criaturas sabrían que estaba allí. Se limitó a llorar. Quería haberse quedado dormido y que todo fuera una pesadilla.

De repente, escucho como alguien araña la ventana de la cocina. Quizás era un mapache o la lluvia que no había cesado en toda la noche. Entonces lo vio. Pasó como un flash junto a la ventana. Estaba seguro de que era una de las criaturas.

“Vienen a por mí”. Pensó aterrizado.

Su instinto de supervivencia le hizo coger uno de los cuchillos que usaba su madre para cortar la carne.

Hubo otro destello en la ventana.

Siguió sin ver el rostro de la criatura. Pero cada vez estaba más seguro de que iban a por él. De pronto Roger se levantó de su cama y salió corriendo por la puerta de mascotas en dirección al bosque del Monte negro. Ben con el miedo a flor de piel lo siguió. Quería demasiado a Roger y no iba a permitir que las criaturas le hicieran algo.

Roger corría a una velocidad que le era imposible seguir a Ben. De todas formas no lo perdió de vista y al fin Roger se paró en mitad del bosque. Estaba masticando un hueso que se había encontrado. En cualquier otra ocasión Ben se lo habría arrancado de sus dientes y le habría echado la bronca. “El Rough Collie es una raza demasiado elegante como para morder huesos” solía decir su madre. En ese momento le era insignificante que Roger devorara ese hueso, estaba demasiado ocupado vigilándose las espaldas.

Ben estaba caminando junto a Roger vuelta a casa, pero diez minutos dando vueltas pasaron y Ben comprendió que se había perdido y que tendría que esperar hasta el amanecer en ese bosque.

Junto a las criaturas.

Roger arrancó a correr de nuevo y Ben no tuvo otra opción que seguirlo otra vez. Al cabo de unos minutos Roger se detuvo, pero esta vez no mordía un hueso. Se dejaba acariciar por una niña pequeña. Cuando Ben vio a la niña el corazón dejó de palpar por unos instantes.

La chica no tenía ojos.

Era la que salía en la historia de Luke.

Ben se frotó los ojos con fuerza. No podía ser posible. Cuando reparó de nuevo en la niña, ya no estaba sola. Alguien muy alto le cogía de la mano.

Ben llevo su vista hacía arriba y vio el rostro de una criatura. Vio los dientes llenos de resina de árbol y de sangre. No tenía ojos pero lo miraba a él. Lo podía notar. La criatura babeaba como cuando Roger esperaba a devorar su cena. Era exactamente como Luke la había descrito.

Ben no pudo evitar mearse encima, ya no le quedaban más pijamas limpios. Aunque de todas formas ya no los iba a necesitar.

— ¿Has visto a mi padre? —preguntó la niña al borde de las lágrimas

A Ben no le dio tiempo a decirle que no sabía dónde estaba su padre. La criatura había empezado a devorar a su perro.

No tenía tiempo para lamentar la muerte de Roger. No debería haber salido a buscarlo.

Ben se dio media vuelta y arrancó a correr sin saber dónde estaba su casa.

Corría por y para sobrevivir.

Se sabía el bosque a la perfección, sin embargo todo había cambiado. Los árboles estaban más altos que nunca, los búhos no ululaban y las luciérnagas habían dejado de brillar.

Mientras corría notó como los árboles empezaban a perseguirlo. Se habían convertido en las criaturas y lo estaban acorralando.

De repente en la tierra se abrió un agujero del que empezaron a salir decenas de criaturas.

Ninguna tenía ojos.

Una de las criaturas lo cogió por las piernas y se lo llevó camino bajo

tierra, a su madriguera.

Ben dio una última ojeada al cielo, seguía repleto de estrellas y la luna iluminaba todas esas criaturas que probablemente lo fueran a devorar.

Ben deseó que pasara una estrella fugaz para que pudiera pedir volver a su caliente y cómoda cama.

Desgraciadamente la estrella fugaz nunca paso.

— ¡AYUDAAA! —gritó con la espera de que alguien lo oyese en el exterior

—Shh... no grites o será peor —le contestó una voz dulce a sus espaldas.

A Ben se le erizó la piel. Se dio la vuelta pero no vio nada. A los pocos segundos sus ojos se habituaron a la oscuridad y en ese mismo instante la vio.

Era la madre de Alice.

Tampoco tenía ojos.

Luke se levantó agitado, con el corazón a punto de estallar. Había tenido una pesadilla. No recordaba de qué se trataba. Aun así estaba llorando. Se dio vergüenza a él mismo y se esforzó para contener las lágrimas. Estaba acostumbrado a tener pesadillas. Como mínimo tenía una cada noche. Era parte de su vida. Eran la fuente de las historias que le contaba a Ben. Estaba acostumbrado. Pero esta vez sabía que no había sido una pesadilla cualquiera, estaba temblando y tenía más miedo de lo habitual. Y sin darse cuenta rompió a llorar de nuevo. Se acordó de su pesadilla, en esta aparecía su hermano y no tenía ojos.

Salto de la cama, y fue a la de su hermano. Quería ver con sus propios ojos que Ben conservaba sus los suyos. No lo vio. De todas formas no se preocupó, Ben se tapaba hasta la cabeza. Pero había algo muy extraño. Su hermano parecía muy pequeño, no se escuchaba su respiración y olía a muerto.

Luke levantó las mantas, esperando encontrara a su hermano sumergido en un sueño profundo. Lo único que vio fue lo que quedaba de Roger, con los órganos esparcidos por la cama de Ben. No pudo evitar vomitar al ver a su perro descuartizado. Lo miro de reojo, evitando ver lo suficiente y se dio cuenta de que su perro no tenía ojos.

Salió de la habitación, bajó al comedor en busca de su hermano, pero no estaba allí. No les dijo nada a sus padres, Ben había desaparecido por su

culpa y tenía que encontrarlo antes de que se enterasen.

Estaba dispuesto a salir a la calle, eran las cuatro de la mañana. Tenía miedo de la noche, pero también tenía miedo de no volver a ver a su hermano. Intento abrir la puerta, pero estaba atascada. Nunca la cerraban. Lo volvió a intentar pero no servía de nada. Fue a buscar las llaves, las introdujo en la cerradura pero no pudo girarlas. La cerradura se las había tragado. Solo le quedaba una posibilidad, salir por la ventana. Fue a la de la cocina, era la más grande y no supondría mucho esfuerzo. Sin embargo, también estaba atascada. Probó la del salón y los baños pero seguían obstruidas. Solo le quedaba la de su habitación. Al llegar noto que el hedor que antes flotaba en la habitación ya no estaba, el cadáver de su perro tampoco. Sus padres no podían haberlo recogido, acaba de poner la oreja en la puerta de su habitación y tan solo escucho los ronquidos de su padre y la respiración suave de su madre. Alguien había entrado sin hacer ruido y se había llevado a Roger.

“Tal vez haya sido Ben”. Pensó Luke con la esperanza invadiéndole el cuerpo.

Corrió a la ventana, miró hacia abajo. Le separaban unos cuatro metros del suelo. La caída iba a ser dolorosa. La abrió, con el miedo recorriendo las venas. La suave brisa nocturna le acarició las mejillas y esa sensación le pareció familiar, ya la había experimentado antes. Un destello apareció sin más en su cabeza y se acordó de donde había sentido eso anteriormente. Lo había soñado. Era la pesadilla de esa noche.

Seguía sin recordar al completo la pesadilla, tan solo sabía que no pasaba nada bueno.

¿Papa?

Luke no supo si había sido un susurro del viento o delirios por falta de sueño. De todas formas un escalofrío le recorrió todo el cuerpo.

Entre las tinieblas vio un árbol que se acercaba a su casa. Nunca había visto un árbol andar. A medida que se iba acercando a su casa vio que no era un árbol, era imposible. Los árboles no estaban curvados. Se acercó un poco más y lo vio claramente, era la criatura de su historia, tal y como la había descrito. A medida que se acercaba consiguió divisar a su hermano a lo lejos, iba cojido de la mano de la criatura. Pudo ver como le sonreía.

Sin más preámbulos Luke saltó de la ventana.

El impacto fue doloroso, aun así se levantó lo más rápido que pudo y fue a por su hermano. Cuando estaba a pocos metros de Ben sus ojos se hicieron un mar de lágrimas, por un momento pensó que no iba a ver el

rostro de su hermano nunca más. Por suerte lo tenía delante de él. Lo miro a la cara para borrar la imagen del rostro que tenía en la pesadilla pero no pudo.

Ben no tenía ojos, como en el sueño.

La criatura que cogía a Ben de la mano soltó un gemido pero Luke no se inmuto. Tenía miedo de su hermano pero aún le aterrorizaba más su propia existencia. Sus pesadillas se estaban cumpliendo.

Nunca más cerraría los ojos para dormir.

— ¡Ben! ¿Qué te han hecho? —preguntó Luke asustado

— ¿Eres tu Luke?

—Si soy yo. ¿Qué está pasando Ben? ¿Qué te han hecho? —preguntó Luke de nuevo esforzándose para no llorar delante de su hermano

—Tenías razón las criaturas existen nunca debí dudar de tus historias
—dijo Ben mientras rompía a llorar

—No es tu culpa, ni se te ocurra pensarlo —dijo Luke, que estaba tan metido en la conversación que hasta ese momento no se dio cuenta de que decenas de criaturas los rodeaban.

— Ben, ¿Qué quieren de nosotros? —preguntó Luke intentando no mirar a las criaturas

—Quieren tus ojos

— ¿Por qué? no lo entiendo si las criaturas no tiene ojos —protestó Luke

—Hay una criatura... la más poderosa de todas, esa controla el mundo. Tiene cientos de ojos de niños. Los ojos le dan poder.

Luke no entendía nada, no podía imaginarse a esa criatura, tenía suficiente con no ahogarse con sus gritos con la presencia de las criaturas sin ojos.

—¿Entonces para qué te quieren con vida si ya tienen tus ojos?
—preguntó Luke a Ben intentando encontrar el sentido a todo aquello.

— A la mayoría de niños se los comen. Los que están vivos son porque les sirven de ayuda

— ¿¡Entonces tú las ayudas?! —Pregunto Luke sin poder creer a su

hermano

—Si...

—¿Cómo?

—Les digo donde hay niños

Entonces Luke lo entendió, las criaturas y Ben no estaban allí por mera casualidad. Ben las había guiado hasta allí para que le arrancaran los ojos a él. No se lo podía creer, su propio hermano lo había traicionado.

—¿Por qué Ben? ¿Por qué yo? —preguntó Luke rompiendo a llorar

—Porque este es el único sitio que conozco y aunque yo no vea nada quiero seguir con vida.

Luke se quedó callado, Ben se quedó callado incluso las criaturas dejaron de gemir por unos segundos. El mundo se quedó en silencio por u. Hasta que Ben rompió el silencio

— Te quiero Luke

Entonces las criaturas se abalanzaron sobre Luke. Le rompieron las piernas para que no pudiera salir corriendo y a continuación le arrancaron los ojos con sus uñas afiladas y llenas de roña.

Luke no grito y tampoco lloro. No podía, su mente se había quedado en blanco. Su cuerpo se había quedado paralizado. Solo podía pensar en la traición de su hermano.

A veces las personas que más quieres son las que te clavan el puñal por la espalda pensó Luke.

Decidió que si seguía en vida, no iba a confiar en nadie nunca. Ni de su propia sombra.

Aunque no pudiera verla.